

III poética

ENSAYO (FRUSTRADO) DE TRAZAR UNA POÉTICA

Luis Antonio de Villena

Una *poética* —si no se trata de un largo, enjundioso estudio— es algo radicalmente juvenil, es decir, guerrero. Uno dice, desde su ciencia inconsciente, lo que es y lo que no es la poesía, a partir de la práctica propia. Pero cuando uno cumple años, y el lector y el conocedor se sobrepone al belicoso, la poética militar no tiene sentido. La literatura (y la poesía) es plural y la calidad, más allá del gusto privado, solo es constatable en comparación con la tradición. Y la tradición —ay, queridos, dulces vanguardistas— es todo. Marinetti es tan tradición como Virgilio...

Hablando de Gibbon, el historiador, dice Lytton Strachey: *era un ser humano, y era absurdo*. La poesía se parece a Gibbon. Es la más radical forma de la literatura: gotas de literaturidad. Es humana y es absurda, indisolublemente. Como uno es eufórico y pirado, sabio y derrochador, pagano y místico. Corregido en el género, dice Pessoa (un poeta genial y vinoso) por boca de Reis: *pagano y triste con flores en el regazo*. Así me gustaría también a mí recordar al juvenil amor (el muchacho que pinta Caravaggio) en ese puro poema juvenil que es el ardor y la melancolía...

Dilo enseguida: La poesía que amo es apasionada y sabia. La poesía que amo cuenta cosas y baila. La poesía que amo tiene ritmo y cadencia, pero desdeña el soniquete. La poesía que amo busca la hondura, desprecia la aridez. La poesía que amo goza de las palabras, pero no es nunca logomáquica. La poesía que amo es intensidad y ardor, aunque a veces se vista de frío: de nieve azul. De copos encarnados... Los poetas que amo son mil. La historia de la poesía es mi poesía y mi historia. Mis poetas son legión. Yo me compongo sobre la legión y uno mi brillo a su brillo. Les debo fulgor y se lo regalo. Existo por Cavalcanti y por Campoamor, por Pound y por

ENSAYO (FRUSTRADO) DE TRAZAR UNA POÉTICA

Manuel Machado, y también por los maravillosos *poetas menores* (que frecuentemente no lo son) como Henri Jean-Marie Levet.

Amo a los poetas de la actitud y a los poetas de la máscara (ambos soy) y aunque adoro al rimbaldiano muchacho haragán que muere en el abismo, al borde de la galaxia de las noches, no menos adoro al erudito que labora en el laboratorio, culto hasta el paroxismo, hipocondríaco, saturniano, lascivo, viviendo en los sueños, en los libros y en los prostíbulos... ¿Podría olvidar al dios Pan? Esto no es una poética, claro. Desequilibrado, indagador, tierno, alucinado, racionalista, niño, pleno de madurez, soy —por encima de todas mis escrituras— poeta. No lo he querido. Ha sido. Esos son mis privilegios. Humano y absurdo. Lo saben los camareros, los guapos modelos altivos y los innúmeros aprendices de poeta...

31 de octubre de 1995